

ct

Lo más bonito que podemos hacer

de
Jan Vilanova Claudín

(fragmento en castellano)

Noviembre de 2020

vilanova.jan@gmail.com

Traducción del catalán de Jan Vilanova Claudín

- (,) Una coma en una línea aparte indica pausa o silencio; el contexto determina la duración.
La transcripción de palabras rusas se ha realizado siguiendo un criterio propio que facilita la pronunciación para quien no conoce el idioma.

Mientras el público entra, se proyectan diversas fotografías del piso de Madrid de bábuska. Las imágenes tiene un color muy años ochenta. Todas están hechas con la misma cámara de fotos: una de película en 35 mm compacta, de poca calidad. Son fotografías donde no aparece gente, solo partes de su piso, en especial las flores del balcón.

Hasta donde yo recuerdo, siempre la persiguió el temor a ser olvidada: que la distancia física que nos separaba –ella en Madrid, nosotros en Barcelona– fuera insalvable.

Que sus nietos nos olvidásemos de ella. Que emocionalmente no la sintiésemos nuestra abuela, nuestra bábuska.

Supongo que por eso hacía fotos de su piso de Aluche, el barrio donde vivía, en Madrid, para que también fuera nuestro, para que pudiésemos maravillarnos de sus plantas florecidas.

Le gustaba especialmente fotografiar sus plantas florecidas.

La proyección se detiene en una fotografía de bábuska con sus nietos.



El hotel es feo. Es una gran construcción. El típico hotel de las afueras de una ciudad: funcional pero sin encanto. La fachada es de ladrillo visto; no tiene ninguna gracia.

Es temprano pero el sol ya se deja notar. Siento los brazos y el cogote pegajosos de la crema solar mezclada con sudor. Hoy será un día caluroso. Quizás me he equivocado al venir andando, pero no quedaba lejos de mi casa y el paseo prometía ser agradable, en este barrio de la Barcelona de antes,

pre-olímpica.

No sé por qué he venido. O quizás sí, sí que lo sé, pero ahora me invade esta sensación de pereza, de no querer estar aquí, de no querer hacerlo, de no querer cruzar la puerta. Preferiría no hacerlo. Pero la puerta de cristales tintados se abre ante mí.

Entro.

La caída era inevitable. Quiero decir que era muy mayor y se caía, como mínimo, una vez cada 6 meses. Pero hasta entonces no se había roto nada. Nada. Era resistente como un tanque soviético, decíamos. Pero esta vez sus huesos dijeron basta: se rompió la clavícula. La derecha, para ser exactos. Y con la caída, alguna otra cosa también dijo basta dentro de ella.

- Bábushka se ha caído, Jan. Alguna cosa no va bien... No para de hablar sola.

Es mi madre quien me lo cuenta por teléfono.

Se instala en mí el miedo. El miedo a descubrir esta nueva bábushka. El miedo ante lo desconocido.

Estoy pensando ahora mismo que, de hecho, la nevera de mis padres conserva un rastro de aquella caída. Sí... pasó en la cocina. Si me acerco y miro atentamente, en un ángulo determinado y ayudado por el reflejo de las luces del techo, detecto una pequeña depresión en la zona baja del aparato, la del congelador. La chapa está ligeramente hundida. Es casi imperceptible. Es allí donde bábushka cayó. Allí. Es el principio del final.

La sala es muy grande. Es mucho más grande de lo que pensaba que sería. La típica sala para congresos de un hotel funcional en las afueras de una ciudad. Al menos entra mucha luz natural a través de los grandes ventanales que dan al jardín. Tiene sentido que sea grande, teniendo en cuenta la cantidad de sillas que han dispuesto y la distancia obligatoria de dos metros entre ellas. No pensaba que seríamos tanta gente. Yo me imaginaba un grupo más... íntimo. Pero no, aquí seremos unas cien personas.

Pienso en lo bien que se ganan la vida los terapeutas si todos los aquí presentes han pagado lo que yo he pagado para hacer este curso de un día... Pero es un comentario íntimo, quiero decir que por suerte nadie me escucha.

Observo el espacio, la gente, y siento que podría estar dentro de una peli de Paul Thomas Anderson. Al inicio de una peli suya de esas, con grandes espacios y personas pequeñas. A mí no me gusta mucho Paul Thomas Anderson.

Tomo asiento cuando quedan unos cinco, diez minutos, para empezar porque no tengo nada que hacer y no conozco a nadie. Miro a mi alrededor. Veo otra gente sentada sola, como yo. Noto cómo nos evaluamos los unos a los otros. Aunque quizás solo sea una impresión causada por las máscaras que llevamos, que tal vez exageran las intenciones de nuestros ojos. Yo, en todo caso, pienso en cuáles serán los traumas –dejémoslo en problemas personales– que los han traído hasta aquí. Intuyo heridas terribles, secretos familiares inconfesables. Imagino grandes secretos *mouawadianos*. Mouawad tampoco me gusta mucho, por cierto.

Antes he hablado del miedo. Yo lo he llegado a conocer muy bien, al miedo. Y la angustia. De pequeño me acompañaron de una forma muy intensa. De hecho, nunca he vuelto a sentir una angustia como la que sentí cuando era pequeño, con siete, ocho, nueve años. Todavía recuerdo cómo me faltaba el aire a veces, cómo me costaba respirar. Y por eso, cada vez que vuelve, aunque sea atenuada por la experiencia de los años, por la terapia, la inquietud me invade. Estoy andando por el pasillo, justo antes de entrar en la habitación de bábushka. Mi primera visita. Ha llegado el momento. Cruzo la puerta.

Está dando clases de matemáticas a un grupo de alumnos. Como hace cincuenta años. El espacio-tiempo se ha volatilizado. Está echada en la cama, ligeramente incorporada por unas almohadas que tiene a su espalda. Al verme interrumpe la clase para saludarme. Yo le pregunto cómo está.

Entonces ella me responde que por qué le hablamos lento y alto como si estuviera sorda.

Esto me desarma o, mejor dicho, espanta mi miedo. Porque empiezo a reír.

A partir de este día, para ella, soy su nieto, sí, pero por algún motivo vivo en Madrid. Y como vivo en Madrid y ahora estamos en Barcelona, en casa de su hija, me pregunta que qué hago aquí.

- He venido a trabajar aquí por un tiempo, bábuska, y por eso me instalaré con vosotros, en Barcelona, con papá, mamá y tú.

Ella sonríe, feliz de saber que estaré con ella porque nos gusta mucho estar juntos. Entonces me pregunta por mi mujer y mi hijo. Y yo le digo que están en Madrid, muy bien. Pero no tengo mujer, en realidad –lo dejamos hace poco, por eso vuelvo a vivir en casa de mis padres–, ni hijo. En cambio, tengo un perro, que en realidad no deja de ser un hijo, para mí, y de hecho tengo la custodia compartida con mi ex, así que no va del todo desencaminada.

Me doy cuenta de que ya no es ella. O de que la senilidad ha hecho que sea *otra ella*. Pero sonrío igual y su calidez es la misma. Siento curiosidad por conocerla.

Quien lo lleva peor es mi madre, su hija, que intenta hacerla entrar en razón. Intenta, de mil maneras, que ella se dé cuenta de que nada de lo que imagina es real. Pero esto ya no es factible.

Hago el ejercicio de obligarme a creer que aquello que veo y siento no es real y me parece imposible. Insoportable, de hecho.

Creo que es entonces cuando empiezo a tomar notas sobre mi abuela para contar, algún día, su historia.